

El Eco de Cartagena

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

Notas de actualidad

Hemos dado en afirmar que en España nos «gobierna» un Ministerio «cumbre» o de notables. Y a fuerza de repetirlo, no se el hemos llegado también a convencernos de que, —por aquello de que las cumbres no bajan al llano.— ¡hay que resignarse a que los «notables» no resuelvan, ni prevengan conflicto alguno de los más triviales y frecuentes, pero que exigen solución inaplazable!

Así nos tienen ustedes de zarandeados y silenciosos como condenados a escasez de subsistencias, abundancia de epidemias y profusión de huelgas, tan de interés público como la últimamente planteada por los carteros en toda España. ¿Les parece a ustedes poco? Pues a nosotros, ¡demasiado! Y ese lluvia o aluvión de males que se nos vienen echando encima, acusa evidentemente que el actual Gobierno, aunque de «notables sea, en poco o nada se diferencia de los pésimos que le precedieron. Y ¡vaya la «uerte» que nos ha deparado la noche aquella de 21 de Marzo! Como para chuparse los dedos...

Ustedes, sin duda, mis lectores, habrán conocido, como cualquier mortal, a uno de esos «genios» de la arquitectura o del arte que planeando un edificio de gigantescas y vistosas proporciones y bellezas nunca soñadas, a lo mejor se han desolado... ¡la escalera! o cualquier otra pieza de elemental necesidad en toda vivienda humana. Y ustedes, como el resto de la humanidad se habrán reído la mar de eso que se llaman «disparates de sabio».

Pues esto es lo que parece nos está aconteciendo con el Gobierno «cumbre» que padecemos; y pocas veces habrá estado mejor aplicado el «remoque». Muchos planes grandiosos de reorganización interior, mucha nacionalización (en proyecto) de la industria... y no han acertado, que sepamos, a completar unas estadísticas de producción y de consumo, necesarias para regularizar ese intrínseco de la exportación, importación e intercambio, y que hubieran podido y debido evitar el fabuloso encarecimiento y la escasez de subsistencias que todos deploramos; ni ha sabido tomar las medidas sanitarias más rudimentarias que impidieran o aminoraran siquiera el rebrote de la «gripe» que ya halló campo harto libre en España durante la última primavera, y que hoy tantos estragos causa; ni tampoco dió pie con bola en lo de resolver el conflicto que pudieran plantearle empleados mismos del Estado, como los carteros, a pesar de que un conflicto parecido y mucho más grave dió ser a este Ministerio en Marzo último.

De Sociedad

Los que viajan

Regresó de Murcia donde ha pasado una larga temporada, la bellísima señorita Pepita Mateo.

Enfermos

Se encuentra enferma de la epidemia reinante la señorita Antonia Collado. —Está completamente restablecido de su dolencia nuestro querido amigo don Augusto Muroia.

LA LAMPARA

Wotan
de filamento estirado
es la marca preferida

De venta en Cartagena:
Juan Roldán y hijo, Aire 32.

Cámara de Comercio

A las cinco de la tarde de ayer celebró sesión La Cámara de Comercio, de Industria y Navegación, de esta Ciudad bajo la presidencia de don Juan Antonio Gómez Quiles.

En el estrado se encuentran los señores don Manuel Carmona, don Antonio Gorgosa, don Joaquín Díaz Zapata don José Sánchez Domenech, señor Poblet, don Severino Bonmati, don Anselmo Plazas, don Triburoto Mariblanca, don Joaquín Ruiz Stengre don Emilio Nieto, don Ceclio Enthoven, don Alfonso A. Carrión, don Gregorio Piña, don José Vázquez, don Angel de La Iglesia, don Alfonso Torres, y don Diego Gómez.

El secretario dió lectura al acta de la sesión anterior que fué aprobada.

El señor Presidente manifiesta que en virtud de las reformas del Reglamento, se va a proceder a la elección de los nuevos vocales cooperadores.

Se suspende el acto por cinco minutos y al reanudarse se procede a la votación resultando elegidos los Sres. don José Maestre, don Felix Martí Alpera, don Bernardino Ros, don Luis Delgado, don Francisco Bosch Montaner, don Ricardo Guardiola, don Juan Heredia, don Rafael de la Cerda.

En estas votaciones se advierte que siempre resultan cuatro papeletas en blanco.

Para formar parte de la Comisión administrativa se designó a don Joaquín Díaz Zapata y don Severino Bonmati.

Se autorizó al señor Presidente, para que de acuerdo con el Secretario formase las comisiones permanentes.

El Secretario da lectura a una carta de don Antonio Gorgosa en la que renuncia del cargo de Vicepresidente.

Después de una ligera discusión, con poca fortuna para los señores Carrión (don Alfonso) y Plazas (don Anselmo) se admitió la dimisión y se procedió a la elección de la vacante siendo elegido don Joaquín Ruiz Stengre.

Fuó designada la comisión que ha de entender en la idea propuesta por el señor Gómez Quiles acerca de la creación de un Monte de Piedad resultando elegidos los señores siguientes:

Don Angel de la Iglesia, don Alfonso Torres, don Gregorio Piña, don Joaquín Díaz Zapata, don Severino Bonmati, don Manuel Carmona, don Anselmo Plazas y don José Sánchez Domenech.

Y con esto se dió el acto por terminado.

El hundimiento

del vapor «Carasa»

Lo que dicen sus tripulantes

Los telegramas de Bilbao anuncian la llegada de los tripulantes del vapor «Carasa», de aquella matrícula, que fué torpedeado en el Canal de Bristol, cuando cargado de mineral se dirigía a Cardiff, formando parte de un convoy, que iba protegido por buques de guerra aliados.

No queremos hacer ningún comentario, sino sólo recoger lo que otro colega, «El Figaro», dice. Y por esto nos limitamos a consignar las manifestaciones del capitán del «Carasa», el cual afirma que su buque llevaba 3.843 toneladas de mineral de la Compañía Orconera, con destino a Cardiff, y que fué formando parte de un convoy de vapores aliados, o al servicio de éstos.

PRIMERA COMUNION

J. CASAU FOTOGRAFO

Preziosos saldrán sus niños retratados en esta acreditada casa.

Un artístico retrato y tres magníficas postales a Ptas.

Casau n.º 3. (antico Calleón)

Crónica de París

Almas nuevas

Juan Guiraud, uno de los más asiduos y «exescentes» colaboradores de «La Croix» ha estado recientemente en dicho diario católico la visita que, hará cosa de un año, le hizo un soldado, en cuyo pecho lucía la cruz de guerra al lado del emblema del Sagrado Corazón. Aquel soldado era un maestro de primera enseñanza de París, y su visita al ilustre publicista tenía por objeto, según hubi de declararle en el curso de su conversación, darle cuenta de la situación psicológica y moral en que él y sus compañeros se hallaban, tratando de raciocinar con todas sus fuerzas contra la especie de deformación intelectual a que la franquismoría se empeñaban en someterles.

Es la lucha íntima, lucha nobilísima y sublime, que en el fondo del alma de gran número de maestros y maestros oficiales se entabla entre las pobres ideas filosóficas y morales, que en las Escuelas Normales han recibido aquellos y la conciencia clara de que esas mismas ideas transmitidas a la niñez y encarnando en el alma popular, solo pueden dar frutos de escepticismo, de destrucción y muerte.

Con trazos vigorosos y ambiente de realidad gráfica y viva describe esa dramática lucha espiritual la pluma de Alberto Bessiere en el libro que con el sugestivo título de *Almas nuevas* acaba de dar a luz, y la lectura de cuyas páginas a emocionantes deja en el espíritu del lector una profunda sensación confortadora, puesto que en ellas se refleja la saludable reacción que en los maestros de escuela, en gran número de maestros de escuela, se está realizando en favor del ideal religioso, y, por consiguiente, del porvenir de la Patria.

Oid cómo se expresan algunos de esos maestros en las confesiones íntimas que hacen en las páginas del libro de Bessiere: «Todo el credo socialista y egeglista interpretado por un místico, la apología de la ciudad antigua, de la unión libre, de la solidaridad masónica; toda la literatura, en fin, de Jaurés, de Hervé, de Juan Grave, acompañada con cierto entusiasmo por la nueva literatura decadente, citas de Verlaine; diatribas sobre Mallarmé y la poesía simbólica; he ahí todo lo que constituía el bagaje intelectual de un joven maestro, recién salido de la Escuela Normal y a quien iba a confiarse el alma de multitud de niños, confiesa el maestro Pietro Lamoureux.

Ahora bien, puesto en presencia de los niños allí en el aula de la escuela, el maestro siente en lo íntimo de su conciencia el deber de dirigirles la palabra, de revelarles la verdad, de señalarles una regla práctica de vida moral. Pero ¿cómo hallar esa regla, dónde encontrar esa verdad que los niños parecen estar pidiendo con sus miradas inocentes y puras?

El maestro la busca a través de sus dogmas y morales talcos, y no encuentra más que la negación, el nihilismo, la tesis materialista. Entonces, en el alma de los maestros honrados, en quienes la fuerza brutal del sectarismo no ha logrado abogar todo sentimiento de probidad y buena fe, se hace como una gran revelación e instintivamente su espíritu vuelve la mirada hacia aquellos horizontes de luz, de los que puede descender una dulce claridad sobre sus enseñanzas. Comprenden que para educar a la niñez y a la juventud se necesita algo que no está en los manuales del laicismo, y la conciencia de su propia responsabilidad moral y social les obliga a refugiarse en el credo católico.

De este modo, por la fuerza misma de las realidades y de las cosas, ante el conflicto que a los ojos de sus conciencias se plantea, son muchos, muchísimos los maestros de escuela que hoy en toda Francia están en camino de conversión o han llegado ya a ella por esa senda misteriosa a cuyo final se halla la verdad: Dios.

Esas son las almas nuevas, que Alberto Bessiere ha encontrado en su camino y presenta en las vibrantes y consoladoras páginas de su libro, tan actual en los presentes momentos porque en él se dibuja la dulce visión de un porvenir bendicho de halagadoras esperanzas. En cada una de esas almas nuevas se encierra el germen moral de la patria de mañana, porque ellos son las que habrán de formar las futuras generaciones de las que dependen los destinos de esta Francia que, purificada y redimida por el dolor, con ansias de nuevos horizontes e ideales sabrá seguir siendo la primogénita de la Iglesia y la hermana mayor de la gloriosa familia latina.

Luis Berger.

La futura inteligencia de los pueblos

En el «Nuevo Diario de Zurich» escribe Emil Abderhalden, de Halle a. d. S. (Sajonia) en un extenso artículo, entre otras cosas, lo siguiente:

No puedo imaginarme el que después de esta guerra tan espantosa exista un solo defensor de la guerra. El pensamiento de una alianza de pueblos, de un tribunal de árbitros y sobre todo un desarme extenso y total, la mayor libertad posible de los habitantes de todos los países bajo la conservación de sus costumbres, todas esas ideas tienen en todos los países un número considerable de adeptos. Estas ideas comunes de los pueblos contrarios son las que sirven para fortalecer y restaurar. En primer lugar tiene que existir de nuevo la confianza. Una alianza de pueblos sin igualdad de derechos para todos los países es inconcebible. Un país oprimido por otro no podrá jamás participar en una alianza de pueblos. El odio creará odio. Una alianza de pueblos basada en la igualdad de derechos de todos los pueblos sean grandes o pequeños, tiene y debe conducir a la anulación de una voluntad guerrera. Un tribunal de árbitros con jueces que puedan sentenciar cualquier acto político, sofoarán en sus raíces cualquier disputa. Varios pesimistas declaran que es imposible una alianza de pueblos, porque se ha reunido demasiado odio; tampoco puede pensarse que la Entente ceda en sus deseos de guerra económica y renuncie a su deseo de quitar a Alemania su posición mundial.

A esto hay que decir que el odio no es imprescindible y muchas veces es producido artificialmente. En Alemania mismo no existe hoy día odio alguno contra ninguno de sus enemigos —eso lo pueden confirmar mejor que nadie los mismos prisioneros.

Los directores de la guerra declaran, y principalmente Wilson, que toda la guerra no es dirigida contra el pueblo alemán, sino exclusivamente contra un sistema, que según su opinión condujo y debía conducir a la violencia. A esta declaración hay que añadir lo siguiente. ¿Hay una posibilidad de castigar a un país, sin herir al pueblo? ¿Una guerra económica, al ser hecha como quieren algunos jefes de la Entente, herida a los verdaderos culpables de la guerra? ¡Seguramente no! En primer lugar sufriría gravemente el pueblo alemán en todo su desarrollo. El comercio y la industria tenían que declinar según estos deseos de destrucción. Naturalmente el trabajador sería el primero que sufriría las consecuencias. No encontraría trabajo alguno. Alemania se empobrecería. La guerra actual ha herido a Alemania en su totalidad de manera bien distinta a cualquier país de la Entente. Todo el pueblo desde el niño de pecho hasta el anciano están sometidos a un mínimo de alimentación. Millones de personas inocentes, que de ningún modo participan en la guerra, están condenadas a grandes sufrimientos. El pueblo alemán los ha soportado de manera verdaderamente digna de admiración.

Las inquietudes mayores acerca de la alimentación han sido venidas. Tan grave como fué algunas veces, no vuelve a tener lugar. Toda medida dirigida contra un Estado, hiere al pueblo y sobre todo al trabajador. Ya por esos motivos es preciso lograr una inteligencia y crear una alianza de pueblos que abarque todos los pueblos bajo los mismos derechos y con las mismas obligaciones. Se objeta que la seguridad alemana del deseo de una paz razonable no es digna de confianza. Alemania ha aspirado al poder mundial «Deutschland, Deutschland über alles» es para los alemanes no tan solo una expresión de su amor patrio, sino que quiere decir con ello que Alemania

tiene que ser el primer Imperio del mundo al que deben temer todos. Seguramente que hay alemanes que piensan o han pensado así.

Un acontecimiento tan importante, como es la guerra actual inculeta nuevas maneras de pensar. Los difíciles tiempos han hecho de los jóvenes hombres maduros. Fuera de Alemania se sigue demasiado poco el adelanto que han tenido durante la guerra las extensas leyes sociales. En todas partes se levantan hombres en todas las capas sociales, para un trabajo social común. El trabajo en mancomunidad de hombres de todas las capas sociales en el frente y en la patria durante varios años, ha contribuido más a una inteligencia mutua que cientos de fórmulas y folletos. En la patria se han puesto en contacto íntimas mujeres de todas las clases sociales. Necesidades comunes y las mismas penas han derribado los muros de las valías, que de otro modo hubiera sido imposible conseguir. Cada pueblo, fene su historia y su desarrollo.

El uno se ha hecho grande y feliz por un camino y el otro por el otro. No hay que cometer la gran equivocación de juzgar a todos los pueblos exclusivamente bajo el punto de vista del suyo propio. Lo mismo que no podemos el que en el pueblo más pequeño cada familia se asemeje a la otra, tampoco debemos darnos en la cabeza el que un pueblo cualquiera renuncie a su particularidad, exista esta en la forma de Gobierno, en la estructura general del Estado, del idioma, etc. El que predica la libertad, tiene que dejar también que exista la libertad. Una libertad obligatoria es en sí imposible.

Si sobreviniese ahora una paz razonable, entonces se daría a todos los pueblos la posibilidad de restablecerse. De ningún pueblo se puede prescindir en su manera de ser. ¿Quién querría prescindir de la cultura de Francia, de Inglaterra, de América, en el terreno artístico, científico y en todas las demás adquisiciones? Igualmente no habrá ningún pueblo que quiera cercenar los gigantescos progresos de Alemania en los ramos más diversos. Un país edifica sobre los resultados de otros países. De año en año dependen cada vez más los pueblos unos de otros. Las relaciones son cada vez más íntimas. Según el desarrollo del tráfico actual ningún pueblo puede apartarse de los otros. Soy optimista y creo con toda seguridad en la posibilidad de una inteligencia y de una alianza de pueblos con tribunal de árbitros y desarme total. No cabe duda de que las heridas que ha producido la guerra, son incommensurablemente graves. Ciertamente que se necesita el mayor esfuerzo de las mejores cualidades de los hombres, para hacer posible el trabajo común de los enemigos actuales. La imperiosa necesidad del trabajo común lo resolverá de sí mismo.

Si la paz crea pueblos libres, con la posibilidad de un desarrollo independiente y sin trabas, si trae una alianza de pueblos con derechos iguales, con tribunal de árbitros y desarme total, y abre así a todos los pueblos caminos libres para desarrollar sus fuerzas, entonces la guerra cruel ha creado algo bueno. Esto no puede desirse en defensa suya, porque cualquier otro camino hubiese sido mejor.

JUNTA de Protección a la Infancia

Número premiado hoy

173

SE VENDEN

los pastos de la Hacienda «La Mucia». Para informes, en las oficinas de don José Maestre en

CARTAGENA